



GRACIAS, QUERIDOS LAICOS

Escrito dominical, el 31 de mayo

El domingo pasado, en Pentecostés, celebramos la Jornada del Apostolado Seglar y de la Acción Católica. El lema de este año, «Pueblo de Dios que sale al encuentro», ha expresado con firmeza la identidad de una Iglesia que vive en continua comunicación e irradiación. Nuestra archidiócesis está viviendo intensamente un auténtico proceso sinodal diocesano, una ocasión propicia de frescura evangélica. En este contexto, el apostolado seglar y la Acción Católica adquieren una relevancia especial. Los fieles laicos estáis llamados a ser presencia viva y fermento del Evangelio en medio de este mundo. Y en nombre de la Iglesia os doy las gracias. Por eso, me gustaría expresar en un decálogo lo que este proceso sinodal está realizando y obrando en todos los laicos de nuestra archidiócesis:

1. Escuchar antes que hablar. Hemos de acogernos desde la acción de Dios en el otro. Dios vive en el hermano. Hay algo sorprendente cuando nos ponemos en el lugar del otro.

2. Caminar juntos. La comunión eclesial nunca será fruto de un llevarnos bien, sino de un acompañarnos desde el amor. Todos nos necesitamos.

3. Salir al encuentro de todos. Cómo resuena: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40). La vida del cristiano es respuesta de amor a todos.

4. Vivir de la fe viva. La expresión de una coherencia en la vida cristiana es la superación de los cumplimientos y razonamientos a ver a Jesús en todo.

5. Promover la cultura del encuentro. Es la convicción de lo que hacían los primeros cristianos: «vivían unidos y lo tenían todo en común» (Hch 2, 44).

6. Tomar parte de los trabajos del evangelio. El laico está llamado a participar del evangelio a tiempo y a destiempo. La manifestación de la Buena Nueva lleva también vuestra colaboración.

7. Servir al Reino de Dios. Verdaderamente ayudamos a la sociedad y a nuestro mundo cuando la forma de vivir con Cristo la hacemos visible, pública y la compartimos.

8. Cuidar la fraternidad en misericordia. Nuestra hermandad siempre será fruto de ser «lentos a la ira y ricos en clemencia» (Sal 103, 8) porque «quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (1Jn 4, 20).

9. Anunciar a Jesucristo con alegría y esperanza. Perderse a Cristo es perderse lo mejor de la vida. Jesucristo es nuestro tesoro más preciado. Lo hemos vendido todo para tenerle a Él como nuestro único bien.

10. Discernir. El método de nuestras reuniones sinodales nos educa a superar nuestras ideas y subjetividades para abrirnos a lo que Dios quiere que expresemos y manifestemos.

Os animo a que cada uno de estos puntos del decálogo os sirva de revisión para que el Espíritu Santo nos lleve a vivir nuestra misión y vocación de un modo nuevo.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España